

esto podréis juzgar, señora—prosiguió,—que hay muchos recursos para los pobres hidalgos españoles.

—Convengo—respondíle—que serían estas instituciones muy ventajosas para ellos si fueran los únicos á quienes se admitiera en las órdenes, pero me parece haberos oído decir que los más potentados señores poseían las más bellas encomiendas.—Esto acontece—prosiguió—por la regla general que hace dueños á los más ricos de los mejores bienes, en vez de repartirlos con los demás, como parece debería suceder en justicia; y aun así quedaría para distinguir á los herederos de poderosos títulos el Toisón de oro, que honra grandemente á los que pueden alcanzarlo. Pero como á este notable favor no acompaña ninguna positiva recompensa y es difícil conseguirlo, no son muchos los que lo pretenden.—Si conocéis la historia de tan excelsa orden—le dije,—os ruego que me la refiráis.—Se supone—prosiguió D. Esteban—que cuando los moros eran dueños de la mayor parte de España, un lugareño creyente del verdadero Dios, y que vivía muy bien con Él, rogándole fervorosamente que librase de infieles el Reino, vió que un ángel bajado del cielo le ofrecía un toisón de oro, encargándole que se sirviera de él para reclutar tropas, porque al ver el toisón todos los hombres correrían al combate contra el enemigo de la fe. Aquel santo varón fué obediente y muchos hidalgos le siguieron después de oírle.

El triunfo de esta empresa respondió á las esperanzas que hizo concebir; por esto Felipe el Bueno, Duque de Borgoña, instituyó la orden del Toisón de Oro, dedicándola cristianamente á Dios, á la Virgen y á San Andrés, en el año de 1429 y el día mismo de sus bodas con Isabela, hija del Rey de Portugal, fué también elegido para la ceremonia.

Después de hablar así, oímos gran ruido, como si un carruaje hubiese parado frente á la puerta de la posada, y poco rato después, el criado de D. Federico de Cardona entró á decirnos que acababa de llegar el Sr. Arzobispo de Burgos.

—Es un feliz encuentro—dijo D. Federico,—porque salí de Madrid con deseo de verle, y no habiéndole hallado en Burgos, me tenía su ausencia pesaroso.

—La fortuna os acompaña sin dejaros nunca—díjole don Sancho sonriendo;—pero para no retardaros el gusto de ver á vuestro ilustre pariente, dejaremos la partida.

D. Federico afirmó que dispuesto á terminarla estaba, porque vencería su impaciencia la satisfacción de ser agradable para sus amigos; pero D. Fernando y D. Sancho se levantaron cortésmente.

—Sin duda—prorrumpió D. Estéban—que no será de los nuestros esta noche D. Federico.—Yo no lo creo así—añadió D. Fernando;—el Arzobispo es el hombre más amable del mundo; en cuanto averigüe que aquí se hospeda una dama francesa, querrá visitarla.—Sería para mí una honra inestimable—dije,—pero que perturbaría no poco mis planes, pues hemos de cenar y acostarnos pronto. Apenas acabé yo de pronunciar estas palabras cuando ya estaba de vuelta D. Federico.

—Tan pronto como el Sr. Arzobispo supo que se hospedaba en Buitrago una dama francesa—dijo,—no ha pensado más en mí; y, si hacéis la merced de recibirle, señora, quiere venir á ofreceros cuanto en este país está sometido á su voluntad.

Respondí á tanta finura como era en mí obligación, y al poco rato volvió D. Federico acompañando á su pariente, que me pareció muy distinguido; hablaba poco, guardando una gravedad conveniente á su carácter eclesiástico y á la etiqueta española. Compadecióme, suponiendo las molestias que me ocasionaba tan largo viaje con un tiempo ingrato, y rogóme que le mandara cualquier cosa en que pudiera servirme. De ordinario en España se usa este cumplimiento. Cubriendo sus hábitos llevaba una sotanilla de terciopelo morado y anteojos para reforzar su vista cansada.

Hizo traer para regalárselo á mi hija un mico, y aun cuando no me hacía mucha gracia, fué necesario admitir el obsequio. Cada vez que tomaba un polvo de tabaco el señor Arzobispo, y esto sucedía con mucha frecuencia, el mico le remedaba. El ilustrado Prelado me dijo que el Rey de España esperaba con extremada impaciencia las noticias del Marqués de los Balzanes referentes á las órdenes que le ha-

bía conferido solicitando del Rey de Francia la mano de la Princesa de Orleans.—Si fracasaran sus intentos—añadió el Arzobispo,—no sé lo que sucedería, porque visiblemente nuestro Rey se muestra muy enamorado; pero todas las apariencias dejan comprender que tal matrimonio se lleve á término dichoso.

El Sr. Arzobispo se retiró, rogándome le permitiera enviarme su olla, que ya estaba preparada, porque sin duda mi cena sería peor y algo iría yo ganando. Le di las gracias diciéndole que la misma razón me obligaba desde luego á rechazar el ofrecimiento, pues no consentiría que cenara él peor que nosotros.

Poco después D. Federico de Cardona, que había salido á enterarse de cómo andaban las cosas, entró cargado con un gran puchero de plata cuya tapadera estaba cerrada con llave, como en España se acostumbra.

Fué á pedir la llave al cocinero, y éste, que sin duda no quiso repartir entre todos la comida de su amo, le respondió que la había perdido y que no sabía dónde buscarla. D. Federico, enfadado, quiso, á pesar mío, quejarse al Arzobispo, y amenazando al cocinero tuvo con él una escena desagradable que desde mi cuarto pude oír. Chocáronme, sobre todo, las respuestas del cocinero, que decía: «No puedo sufrir que-rella, siendo cristiano viejo, tan hidalgo como el Rey y un poco más.»

Así se alaban los españoles cuando se juzgan obligados á defender su orgullo; pero aquel cocinero no sólo era jactancioso y blasonador, sino terco también y obstinado, y por mucho que se le dijera estaba resuelto á no entregar la llave; de modo que allí quedó la olla, sin que pudiéramos probarla. Retirámonos á dormir, ya tarde, pensando yo que, si bien el tiempo mejoraba, en cambio, como más cerca estábamos de Madrid, peores eran las posadas.

Más bien parece que nos acercamos á un desierto que á la famosa villa donde reside un poderoso Rey; no hay en todo el camino una sola casa de agradable aspecto. Y esto me sorprende tanto más, cuanto que yo esperaba encontrar en este país, como las hay en el nuestro, hermosas calles de

árboles y pequeños palacios encantados; pero vense apenas algunos árboles que á despecho de la tierra crecen; y en la posada desde donde ahora escribo—á diez leguas de Madrid—ocupo una intolerable habitación de piso bajo, junto á la cuadra, y tan lóbrega que á mediodía necesito encender luz. ¡Buen Dios, qué luz! Casi valdría más estar á oscuras; porque no hay otra que la de un candil, que da tristeza con su débil resplandor y atonta con el tufo pestilente que despide. Han buscado en todas partes, hasta en la casa del cura, una vela para mí, pero no la encontraron; creo que ni cirios habrá en la iglesia.

En todo se manifiesta la pobreza del país. D. Fernando de Toledo me asegura que veré muchas cosas agradables en Madrid, pero ya lo voy dudando. Los españoles arrastran su indigencia con un aire de gravedad que impone; hasta los labriegos parece que al andar cuentan los pasos. La curiosidad es aquí tan grande que la mayor dicha para estas gentes consiste sólo en averiguar novedades. Muchos han entrado sin ceremonia en mi habitación, la mayor parte llevando en vez de zapatos un pedazo de fieltro sujeto con cuerdas á los pies, y me han rogado que les dijera lo que sabía de la corte de Francia. Cuando les he dicho lo que me parece conveniente, lo han examinado y discutido mostrando buen criterio y sorprendente agudeza. En todo descubre la nación española instintos que la declaran superior á casi todas las naciones. Entre otras mujeres me ha visitado una especie de burguesa muy hermosa, trayendo en brazos una criatura enteca cubierta con más de cien pequeñas manos de yeso y barro que le colgaban del cuello y por todas partes. Preguntéle á la madre para que ponía todo aquello al niño, y me contestó que para librarle del mal de ojo.—¡Cómo!—le dije.—¿Será cierto que todas estas manecitas libran de la ceguera?—Seguramente, señora,—replicó,—estos objetos curan, pero no de la enfermedad que decís. Hay aquí gentes, y aprendedlo si os place, con tal veneno en los ojos que bástales mirar fijamente á una persona, sobre todo á un chiquillo, para encanijarlo. Un hombre á quien conocí causaba tantos maleficios con su mirada que le obligaron á taparse un ojo con un

gran parche. Con el ojo libre no producía daño, pero sucedió muchas veces que yendo con amigos, al ver algunas gallinas, decía: «Escoged la que os guste;» y cuando ellos habían señalado una, levantando el parche la miraba fijamente, y poco después la gallina, presa de un vértigo, daba rápidamente algunas vueltas, muriendo al fin.

La mujer que así hablaba también creía en la existencia de los hechiceros, los cuales, mirando á uno con mala intención, le hacen languidecer hasta el punto de convertirle casi en un esqueleto. De remedio sirven contra estos males las manecillas, que generalmente vienen de Portugal, semejantes á las que cubrían al enteco niño, cuya madre me dijo además que cuando una persona mira fijamente y es bastante mal carada para dar á suponer que puede producir mal de ojo, basta para librarse del maleficio sacar una manecilla ó presentarle un puño cerrado diciéndole: *Toma la mano*, á cuya expresión es necesario que responda el sospechoso: *Dios te bendiga*; cuando no lo dice, se le considera hechicero y se le puede tranquilamente delatar á la Inquisición, y también cuando el maleficiado confía en sus fuerzas, puede golpearle hasta que pronuncie las palabras: *Dios te bendiga*.

Yo no aseguro que sea verdad el cuento de la gallina, pero aseguro que las gentes aquí no dudan estas cosas, y el *mal de ojo* es tan frecuente, que se forman peregrinaciones para ir á determinadas iglesias donde tal daño se cura.

Pregunté á la joven madre si se notaba en los ojos capaces de producir maleficio algo extraordinario, y ella me dijo que sólo se distinguían por su viveza y brillantez, que disparaban como flechas miradas penetrantes. Añadió que pocos días antes de mi llegada la Inquisición había mandado prender á una vieja creyéndola bruja. Preguntéle qué castigo le darían, y contestóme que si se corroborasen los augurios con pruebas irrefutables la bruja moriría sobre la hoguera, y que si no, lo menos que podía sucederle consistiría en ser azotada por las calles. Átanse tales brujas á la cola de un asno, cuando no se las monta en él, cubiertas con una mitra de papel de colores, en la cual van escritos los crímenes de las condenadas, y así se las pasea por el pueblo, donde to-

dos tienen derecho de golpearlas y echarlas barro.—En ese caso —le dije,—mejor sería para ellas permanecer en el calabozo.—¡Ah, señora!—repuso la mujer.—No sabéis todavía cómo está la Inquisición. Cuanto se diga es poco si se compara con los rigores de aquel tribunal. Os detienen, os encierran en una mazmorra, y allí estáis dos ó tres meses, y algunas veces más, ignorante de todo, y sin que nadie os diga una palabra. Luego un día os presentan á los jueces, que con mucha severidad os preguntan por qué os halláis en aquel sitio; como es natural, contestáis que nada sabéis. Ellos nada os dicen, y volvéis á la mazmorra, donde se sufren penas más atroces que la muerte; algunas veces pasa un año en tal estado. Al fin os conducen de nuevo ante los jueces y volvéis á ser interrogada con la misma pregunta. Contestáis que os mandaron prender, pero que no conocéis la causa de vuestro martirio. Y sin hablar más del asunto mandan que os conduzcan de nuevo á la mazmorra. Hay quien así pasa una larga vida.

Pregunté á la mujer que tales noticias me daba si era costumbre denunciarse y acriminarse á sí mismo ante la Inquisición, y contestóme que para muchos era el camino más recto. Luego me refirió particularidades y suplicios múltiples y espantosos, que no relato por no avivar en mi memoria recuerdos horribles. Díjome además que había conocido á un judío llamado Ismael que fué preso en la Inquisición de Sevilla con su padre, el cual Ismael, durante cuatro años de molesto encierro, logró hacer un agujero por el que pudo salir, bajando luego por una pared con grandes peligros, pero que al verse libre, recordando que dejaba solo y abandonado á su padre, y sin considerar lo que arriesgaba, pues uno y otro, juzgados ya, debían ser conducidos á Madrid para sufrir el último suplicio, encaramóse por la pared, volvió al calabozo, y advirtiéndole á su padre, ayudóle á huir y huyó de nuevo al verle salvado. Hame parecido este rasgo muy admirable y digno de ofrecerse como ejemplo en un siglo que rebela torpemente los corazones contra los deberes más atendibles y honrados de la naturaleza.

Sabiendo yo que mi parienta pensaba salir á recibirme, debiéndonos encontrar en un pueblo del camino que dista seis leguas de Madrid, cuando llegamos á dicho pueblo—llamado Alcobendas,—al ver que no me aguardaba ella resolví esperarla, y D. Federico de Cardona me propuso que, para entretener el tiempo agradablemente y en buena compañía, fuésemos á comer á casa de un amigo suyo. Resueltos á seguir su consejo y aceptando gustosos la invitación, en vez de apearnos en el pueblo pasamos de largo, atravesándolo, y por un bonito camino seguimos hasta llegar á la casa de D. Agustín Pacheco, un hidalgo viejo que recientemente ha contraído matrimonio en terceras nupcias con D.^a Teresa de Figueroa, joven de diez y siete años, tan bonita y tan ingeniosa que nos encantamos con su talento y hermosura.

Cuando nos apeamos eran las diez, y cómo los españoles, por naturaleza, son perezosos y gustan de levantarse tarde, nada extraño parece que á las diez estuviera todavía en la cama la esposa de D. Agustín. El cual nos recibió con mucha finura y confianza, demostrándonos el gusto que tenía recibiéndonos en su casa, cuyo jardín, que nada tiene que envidiar á los más bellos de Francia, estaba ya frondoso, porque los árboles aquí lucen tan pronto sus nuevas hojas, que Marzo se ofrece como en otros países el fin de Junio, alegrando el principio de la primavera, que para España es la estación más agradable del año, pues en verano el sol es tan brillante y abrasador que mata los colores y seca las hojas como si el fuego las consumiera. El jardín de Pacheco estaba muy bien adornado con setos vivos, estatuas y fuentes. D. Agustín nos hizo ver todo lo notable que allí tenía, y no era poco, porque, siendo bastante rico, gústale invertir en el arreglo de su finca no escaso dinero. Hízonos entrar después en una galería llena de libros guardados en estantes de madera. En uno tenía reunidas las colecciones completas de todas las comedias publicadas.—Antiguamente—dijo—las personas virtuosas no querían asistir al teatro, donde sólo se veían acciones contrarias á la modestia y sólo se oían discursos opuestos á la libertad; ensalzaban el vicio, condenando la virtud, y los cómicos avergonzaban á las per-

sonas decentes, los combates ensangrentaban la escena, el más débil era siempre oprimido por el más fuerte y con la tolerancia se autorizaba el crimen. Pero desde que Lope de Vega trabajó felizmente para reformar el teatro español, nada sucede ya en las comedias contrario á las buenas costumbres; el criado, el confidente y el aldeano conservan su sencillez propia, cuyos atractivos aumentan con su agradable y simple jovialidad y hallan manera de curar á nuestros reyes de una enfermedad que puede hacerles mucho daño y que reconoce por causa primera la ignorancia en que viven respecto á ciertos asuntos, por no atreverse nadie á decirles verdades y á mostrarles los defectos que ostentan y perjuicios que ocasionan. Fué Lope quien prescribió las reglas, enseñando á sus discípulos á escribir comedias en tres jornadas. Después del príncipe de los ingenios hemos visto brillar los Montalbanes, Mendozas, Rojas, Alarcones, Vélez, Mira de Mescuas, Coellos, Villaizanes, hasta que al fin D. Pedro Calderón excedió en lo serio y en lo cómico á cuantos le precedieron.

No pude contenerme y dije á D. Agustín que yo había presenciado en Vitoria la representación de una comedia bastante mala, y que, si se me permitiera exponer mi juicio, condenaría en las tragedias que representan las vidas de los santos, dignos de todo respeto, ciertas bufonadas inútiles y necias, poco decorosas en asuntos que merecen ser dignamente tratados. Respondióme que descubriría, en cuanto yo le indicaba, el genio de mi país y que ningún francés aprueba lo que hacen los españoles; y como este pensamiento le llevó á reflexiones tristes y embarazosas, asegúrele que nosotros no sentimos antipatía por nación alguna; muy al contrario, nos enorgullecemos haciendo justicia siempre, aunque se trate de alabar á nuestros enemigos, y que lo dicho respecto á la comedia que me había disgustado, no implicaba desdén para todas, pues las muchas que yo no conocía pudieran ser muy superiores á la que vi. Con estas razones tranquilizóse y me rogó que le dejara guiarme hasta las habitaciones de su esposa, situadas al otro extremo de la galería.

D. Fernando de Toledo, D. Federico de Cardona, D. Esteban Carvajal y D. Sancho Sarmiento no me acompañaron, porque á los caballeros en España no se les permite entrar en los aposentos de las damas cuando éstas no se han levantado aún. Hasta los hermanos observan esa costumbre, que solamente rompen cuando la hermana está enferma. Doña Teresa me recibió tan cariñosa como si hubiésemos tenido amistades toda la vida; pero es necesario advertir, en favor de los españoles, que no toman sus caricias el aire de familiaridad que se convierte pronto en falta de respeto y mala educación, porque, con mucho agrado y hasta en sus expresivos afectos, recuerdan siempre los miramientos que merecen los demás y los que á sí mismos se deben. D.^a Teresa estaba echada, sin gorro ni papalina, con los cabellos partidos á uno y otro lado de la cabeza por una raya y atados por detrás con una cinta; cubrÍala una camisa muy delgada y muy larga, cuyas mangas le llegaban á las muñecas, donde se abrochaba con botones de diamantes; los puños y el cuello eran de seda con flores bordadas. Apoyaba la cabeza en varias almohadas, pequeñas y guarnecidas con lazos de cinta y anchas púntillas finas. Un cobertor bordado con oro y seda ocultaba su cuerpo.

La cama era de cobre dorado y tenía la cabecera muy alta, labrada con bellas labores.

Pidióme permiso para levantarse delante de mí, pero cuando puso los pies en las chinelas, mandó correr el cerrojo por dentro.

Preguntéle á qué obedecía tanta prevención, y me contestó que sabiendo que fuera quedaban algunos caballeros, antes prefería morir que darles ocasión de verla un pie. Riéndome roguéle que á mí no me los ocultara, pues el caso no tenía consecuencia, y vi unos pies diminutos, menores que los de muchos niños de cinco años. Luego cogió un frasco lleno de colorete y con un pincel se lo puso, no sólo en las mejillas, en la barba, en los labios, en las orejas y en la frente, sino también en las palmas de las manos y en los hombros. Dijome que así se pintaba todas las noches al acortarse y todas las mañanas al levantarse; que no le agradaba mucho

acicalarse de tal modo y que de buena gana dejaría de usar el colorete, pero que siendo una costumbre tan admitida no era posible prescindir, apareciendo, por muy hermosos colores que se tuvieran, pálida como una enferma cuando se compararan los naturales, con los debidos á los afeites de otras damas. Una de sus doncellas la perfumó luego desde los pies á la cabeza, con excelentes pastillas; otra la roció con agua de azahar, tomada sorbo á sorbo y, con los dientes cerrados, impelida en tenues gotas para refrescar el cuerpo de su señora; díjome que nada estropeaba tanto los dientes como esta manera de rociar, pero que así el agua olía mucho mejor, lo cual dudo, y me parece muy desagradable que una vieja, como la que cumplía tal empleo, arroje á la cara de una dama el agua que tiene en la boca.

Enterado D. Agustín por una de las criadas de su esposa que ya estaba vestida, excediéndose á lo que los usos conceden, quiso introducir en el aposento de D.^a Teresa á D. Fernando de Toledo y los tres caballeros que nos acompañaban. La conversación general duró poco, y muy luego, mientras los hombres hablaban aparte, ocupéme yo exclusivamente de la señora. Enteróme de que había nacido en Madrid, pero que se había criado en Lisboa con su abuela, hermana de D. Agustín Pacheco. Era, según esto, sobrina segunda de su marido, lo cual no es raro en España, donde son muy frecuentes análogas bodas. Háblome de la joven Infanta de Portugal, cuyo talento alababa, añadiendo que si yo lo deseaba, podría juzgar de su figura por un retrato colocado en el gabinete. Levantéme para verlo y sorprendiéronme los encantos que ofrecía la imágen de la ilustre portuguesa. Tenía el pelo cortado y rizado como una peluca, y llevaba un enorme guardainfante; á sus lados veíanse dos cestas con flores y varios jarritos de tierra sigilada, que se come como una golosina en España y Portugal á pesar de ser muy poco gustosa. D.^a Teresa me presentó la piel de una serpiente que su esposo había matado en las Indias, y que me produjo terror inconsciente, porque las de aquella especie son muy peligrosas; pero sin duda la Providencia quiso prevenir á los hombres contra bichos tan fieros, pues llevan sobre la

cabeza estas serpientes una especie de cascabe que suena cuando andan y sirve de aviso al viajero.

Doña Teresa me habló muy bien de Portugal. Díjome que un brazo de mar, subiendo por el Tajo, hace posible que naveguen en sus aguas las mayores embarcaciones que cruzan el Océano; que la ciudad de Lisboa está sobre una ladera de colina empinada, por la que se extiende hasta la orilla del río, desde el cual se ven á un tiempo todas las casas de la ciudad asomando unas por encima de otras, presentando así una vista muy agradable. Las antiguas fortificaciones de que la rodearon los moros aún existen. Hay cuatro murallas, construídas en diversas épocas; la última tiene seis leguas de longitud. El castillo, situado sobre una montaña, encierra particulares bellezas: palacios, iglesias, torreones, jardines, calles y plazas de armas, estando siempre ocupado por numerosa guarnición á las órdenes de un gobernador. El palacio que habita el Rey vale más todavía, si no por su solidez, por la forma de sus construcciones. Todo es en él grandioso y magnífico; sus ventanas, abriéndose sobre el mar, aumentan y realzan con la vista que ofrecen las bellezas interiores. D.^a Teresa me habló después de las plazas públicas, rodeadas de soportales y formadas por grandes edificios, alrededor del convento de los Dominicos, donde la Inquisición tiene su establecimiento, delante de cuya puerta principal hay una fuente donde muchas figuras de precioso mármol blanco arrojan agua por todas partes. Añadió que la feria de Roucio tiene lugar todos los martes en un sitio que podría tomarse por un anfiteatro, porque le rodean varias montañas en las cuales hanse construído muchos palacios. Hay otro sitio á la orilla del Tajo donde se establece el mercado y donde puede hallar el gusto lo que le parezca exquisito, ya en caza y en pescado, ya en frutas y hortalizas. La Aduana se sitúa un poco más arriba, guardando riquezas infinitas y protegiéndose con algunas fortificaciones exprofeso construídas. La iglesia metropolitona sólo es notable por su antigüedad, y está dedicada á San Vicente. Supónese que después de hacer sufrir martirio á este santo negáronle sepultura, y que los cuervos guardaron su cuerpo

hasta que algunas gentes piadosas lo recogieron, llevándole á Valencia (España) para hacerlo venerar; recordando tal milagro en la iglesia de San Vicente hay un cepillo, donde los devotos depositan las limosnas destinadas á comprar comida para los cuervos que acuden á la torre.—Aunque la estancia en Lisboa es muy agradable—continuó diciendo D.^a Teresa,—mi familia vivía en Alcántara, pueblo situado á un cuarto de legua de la ciudad, donde tiene otro palacio el Rey, menos hermoso por sus construcciones que por su situación; vense grutas, cascadas y surtidores en sus bellísimos jardines. Cerca de allí está Belem, donde se hacen los enterramientos de los Reyes de Portugal en la iglesia de los Jerónimos, cuyos muros están recubiertos de mármol blanco, siendo de la misma preciosa piedra las columnas y las estatuas. Los sepulcros, admirablemente labrados, están distribuidos en tres capillas. Belem y algunos otros lugares alrededor de Lisboa distingúense por los muchos naranjos que allí se cultivan perfumando el aire y cubriendo el suelo con sus flores. Vense correr multitud de arroyuelos, y en el silencio de la noche nada es tan agradable como escuchar los conciertos que forman sus variados rumores. En Belem hay grandes almacenes de naranjas dulces y agrias, de limones, cidras y limas. Cárganlas en lanchones para venderlas después en toda Europa.

Hablóme D.^a Teresa de los caballeros del hábito de Cristo, menos importante que las Órdenes españolas; y de los *Condes del Reino* que disfrutan iguales privilegios que los Grandes de España; poseen *las comarcas*, tierras pertenecientes á la Corona, y divididas en condados, que producen una renta considerable. Díjome que cuando el Rey quiere salir de palacio para ir á cualquier parte, desde muy temprano, algunos toques de trompeta dados en los sitios que debe recorrer el Monarca sirven de aviso al pueblo. Cuando ha de salir la Reina tocan un pífano y un tambor, y cuando se trata de los Infantes, un oboé. Cuando sale reunida la familia tocan á un tiempo la trompeta, el pífano, el tambor y el oboé; así advertidos, los que no entran en palacio pueden presentar al Rey sus memoriales saliéndole al encuentro. Á ocho le-

guas de Coimbra existe una fuente llamada Cedima, en cuyas aguas húndese todo lo que sobre su haz se posa; muchas veces hácese la experiencia con troncos de árbol que por completo desaparecen, y con caballos, que después de acercarse á la fuente necesitan ser auxiliados por grandes fuerzas para salir del agua

Pero lo que causa mayor sorpresa es el lago de la montaña de Strella, donde se ven con frecuencia pedazos de navíos deshechos, mástiles rotos, anclas y velas, cosa difícil de comprender, ocupando el referido lago una meseta elevada y hallándose á doce leguas del mar.

Escuchaba yo muy gustosa y atentamente á D.^a Teresa, cuando su marido y los demás caballeros acercáronse á interrumpirnos. D. Agustín era hombre de ingenio, y á pesar de su edad, muy campechano.—Si mi curiosidad no es indiscreta—me dijo,—indicadme, señora, qué os ha dicho para entreteneros esta niña.—Tío—exclamó ella,—podéis figuraros que hablé de Portugal.—Ya lo suponía—repuso él,—porque siempre buscas en el mismo asunto campo inagotable para tu conversación.—¡Dios mío!—añadió ella.—Cada uno tiene aquí su manía; yo recuerdo á Portugal, pero cuando empezáis á contar historias de Méjico, no hay quien os pare.—Ya sé que habéis viajado por las Indias—dije,—y D.^a Teresa me ha enseñado una serpiente que allí matasteis.—Sí, señora—dijo D. Agustín,—y os referiría con gusto lo que vi, si no hubiese llegado ya la hora de comer. Pero, como pronto he de ir á Madrid, si puede seros agradable, llevaré para que os visite á D.^a Teresa, y entonces, comenzando la relación de sucesos en las Indias acaecidos, creo daros á conocer algunas cosas que os interesen. Díjele cuanto agradecía tal promesa y que no se olvidara de cumplirla, porque yo no renunciaba de ningún modo al gusto de tener en Madrid á D.^a Teresa y escuchar á D. Agustín sus relaciones de Indias. Cogióme de la mano y me acompañó al salón, donde vi colocados en una mesa los cubiertos para los hombres, y en el suelo, un mantel con otros tres destinados á D.^a Teresa, á mí y á mi hija.

Sorprendióme tan extraña costumbre, y aunque me pare-